

El programa económico, el ruido financiero y el debilitamiento del bienestar social

Lic. Gustavo Perilli

Profesor de Economía Política I (FSOC - UBA)

Profesor de Economía Política II (FSOC - UBA)

Profesor de Macroeconomía y Política Económicas (FCE-UBA)

El malestar económico es un dato real y palpable en el ámbito social actual de la Argentina. Durante estos últimos años, las autoridades le confiaron al mercado la coordinación macroeconómica. Sin manifestarse abiertamente, el núcleo duro del modelo consideró que el salario poseía demasiado poder de compra de bienes y servicios (en pesos y dólares). Según su lectura, resultaba imprescindible reducirlo para elevar los niveles de productividad y competitividad e impulsar el ingreso de la producción nacional al mercado internacional. En paralelo, la economía debía estar totalmente integrada (en lo comercial y financiero) al resto del mundo y poseer estructuras de mercado completamente liberadas. Con una reconocida reputación del equipo económico gobernante tanto en Washington como en Wall Street, el programa lucía elegante, robusto, atractivo y prometedor para que los valores (precios, tasas de interés, tipos de cambio y salarios, entre otros) se determinaran por el libre albedrío de la competencia. Sin embargo, quedaban preguntas sin responder. Entre otras, ¿cómo se suponía que reaccionaría todo ese armado de libre mercado ante una eventual corrida contra las reservas del Banco Central? ¿Cuál sería la salud de ese ambiente idílico si por alguna razón ese equipo de estrellas perdía credibilidad? La heterodoxia respondió y se la defenestró, mientras que el saber convencional (integrado por economistas, periodistas, pensadores e incluso filósofos, entre otros) exhortó a no considerar importante la posibilidad de esos hechos ruinosos para el país. En vez de eso, se encargó de “cultivar moralina” al exhortar el cumplimiento de los contratos y los pagos comprometidos aun cuando, por ejemplo, el tipo de cambio se triplicara (tal como ocurrió en sólo 18 meses).

Pasó lo que tenía que pasar en abril de 2018. Algunos fondos de inversión importantes empezaron a desarmar sus posiciones financieras para “volar hacia la calidad”, molestos por una secuencia de anuncios inoportunos (como el del 28 de diciembre de 2017), las recurrentes y agravadas fallas de coordinación macroeconómica (materializadas en ausencias de objetivos y metas claras) y los notorios incumplimientos de los pronósticos (como el control de la inflación, algo que se afirmaba que sería sencillo de corregir cuando alegremente se lo comunicaba en el *prime time* de la televisión). “El fuego amigo”, según el periodismo, hizo subir el tipo de cambio, incrementar los precios y las tasas de interés. La respuesta oficial automática consistió en una estrategia pasiva de “dejar hacer, dejar pasar” y permitir el achicamiento del mercado de créditos. Así, la economía agudizaba su recesión e inflación (estancamiento) y el deterioro del tejido social se agravaba debido a las nefastas consecuencias de una desocupación que “no sólo es un desperdicio económico, sino que también es causa de pobreza, de enfermedades relacionadas con el stress, rupturas de matrimonios y de agitación social (Thirwall, 2007)”.

El lunes 23 de abril, el Banco de la Nación Argentina (BNA) vendía dólares al público a \$ 20,5; un mes más tarde lo ofrecía a \$ 25, un año después (abril de 2019) lo comercializaba a \$ 44 y, luego el cimbronazo cuando, tras conocerse el resultado de las PASO, saltaba a \$ 60. En porcentajes, al mes de iniciada la incertidumbre, el precio de la divisa había subido más de 20%, al año estaba a más del doble (100% más caro) y hoy, dieciocho meses después, ya triplica a aquella cotización (la supera en 200%). ¿Y la inflación? Al comienzo de ese “ruido financiero”, los precios minoristas se incrementaban a un ritmo interanual de 25% pero, en abril de 2019, ya se habían disparado hasta 55% tras las réplicas cambiarias de agosto de 2018 (actualmente se mantienen en ese nivel). ¿Y el salario? En el sector privado, según la información de junio de este año (última actualización), aumentaba a un ritmo anual apenas superior a 42% cuando, para ese entonces, los precios lo hacían al 55% (había una brecha de 13 puntos porcentuales). ¿Dónde se visualizaron más las tragedias económicas de los trabajadores? En la comparación de estas actualizaciones con las de la Canasta Básica Alimentaria (CBA)¹ y la Canasta Básica Total (CBT)². En junio de este año, ambas evolucionaban por encima de la inflación minorista: aumentaban al 59% interanual. En otras palabras, esta

¹ La CBA se calcula según los requerimientos normativos kilocalóricos y proteicos imprescindibles para un mes de un varón adulto de actividad moderada de entre 30 y 60 años.

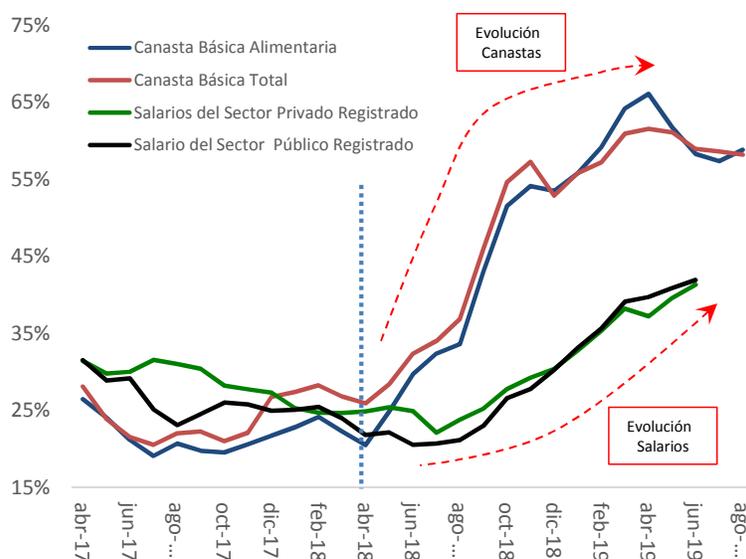
² La CBT constituye una ampliación de la CBA: se consideran además bienes y servicios no alimentarios.

suba sobrepasaba en 17 puntos porcentuales (pp) a la de las remuneraciones laborales registradas. Sin términos medios, el *shock* financiero impulsó al alza a los precios de los bienes (y las tasas de interés) y, en la comparación de los haberes de los trabajadores con las CBA y la CBT, emergieron lisa y llanamente los números de una dura pobreza que, si bien en este primer semestre superó el 35%, fácilmente podría orillar el 40% de la población total a fin de año (un porcentaje apenas inferior al vigente durante la crisis de 2001).

El gráfico siguiente se muestra exactamente esa brecha. Puede verse el distanciamiento entre las disímiles tendencias alcistas de los incrementos de los costos de las CBA y CBT y los crecimientos de los salarios registrados de los sectores público y privado de la economía. Claramente, todo el desfasaje comenzó a partir de abril de 2018 a partir del malhumor financiero, la incertidumbre (y el riesgo) y la presión cambiaria ejercida en ese contexto de apertura comercial y financiera. Desde ese entonces (y hasta agosto), la brecha promedio se mantuvo en un nivel cercano 20 pp llegando, incluso, a hacer diferenciales de casi 30 pp (concretamente entre octubre y noviembre del año pasado por el pasaje a precios de la devaluación).

Atroz pérdida del poder de compra del salario y suba de la pobreza en sólo un año y medio.

Canasta básica alimentaria; canasta básica total y salarios registrados. Var. % interanual



Fuente: Elaboración propia en base a INDEC.

Este mismo empeoramiento de las condiciones sociales, también deterioró sensiblemente la distribución del ingreso. En 2016 el ingreso medio de la población más rica (incorporada entre los deciles 7 y 10 de la sociedad) superaba en aproximadamente 13 veces al de la porción más pobre. Según las últimas cifras conocidas, esta brecha hoy alcanza a 16 (sin contabilizar los eventos pos PASO ocurridos) y difunde un mensaje claro y similar al que, en paralelo, brinda la evolución del Coeficiente de Gini en estos años, cuando, con contundencia, asegura que hoy por hoy la sociedad argentina es más desigual que la de hace tres años. De la experiencia se aprende (dicen). Quizás, en adelante, esta experiencia pueda ser contemplada con más claridad y compromiso y sin fanatismos y pueda entenderse que *“la relación que parece imponerse entre mayor apertura y mayor crecimiento no es tan evidente como lo quisieran hacer ver siempre las instituciones internacionales (Salama, 2006)”*.